

LE JURO QUE NO ESTUVE ALLÍ.

Le juro que no estuve allí. La verdad es que todo es bastante inverosímil pero intentaré explicárselo. Aquella mañana me levanté somnoliento y, como hago siempre, encendí la tele para ver las noticias mientras me preparaba el desayuno. Parecía que había pasado algo importante porque a pesar de ser la hora acostumbrada no estaban dando la información meteorológica. La locutora decía: «Como les venimos informando, ayer un hombre se coló en la ceremonia. Lo curioso es que nadie se dio cuenta hasta que el reportero gráfico de ABC comprobó las fotografías de la memoria de su cámara» En la pantalla se sucedieron media docena de fotos en las que se veía al Rey en primer plano leyendo un discurso y, algo más atrás, a mí en pijama, con la taza de café en mi mano derecha y la caja de cereales en la izquierda. Adormilado, en la primera foto; sorprendido, en la segunda; con los ojos cerrados, en las siguientes y, ya en la última, huyendo del objetivo. «La policía solicita colaboración para identificar a este hombre», en la pantalla se veían mis seis retratos ampliados, «y ruega a quien crea conocerlo que se acerque a una comisaría o llame al número de teléfono que aparece en pantalla... »

Pensé que era un sueño, claro. ¿Qué iba a pensar? Yo, ya se lo he dicho, aquel día no había estado en el Tribunal Supremo. No estuve allí. La locutora continuó: «Nuestras cámaras recogieron el momento en que el compañero de ABC sacaba las fotografías que han advertido de las deficientes medidas de seguridad... » Ahora la tele mostraba en primer plano del Rey mientras leía el discurso y en segundo a un fotógrafo que lo retrataba. Yo, paralizado en medio

de la cocina, con la taza en una mano y los cereales en la otra comprendí todo demasiado tarde. Brilló el flas una, dos y hasta cuatro veces más. Me deslumbró. Cerré los ojos y me aparté de la pantalla un instante después del sexto destello. En la tele un hombre hablaba con la presentadora del informativo: «Tal y como están hechas las fotos ese individuo debía estar a nuestro lado pero no le vimos... » Volví a mirar a la tele, el rótulo decía «Francisco Díez, cámara de TVE». El periodista continuó: «...Aunque ya se sabe que mirando por el objetivo siempre nos perdemos gran parte de la realidad. Pero es bien raro que nadie viese nada. ¡El tío iba en pijama!»

Era absurdo, pensé que kafkiano aunque el proceso en el que me podía ver implicado no sólo tenía una causa conocida sino pruebas irrefutables. ¿Cómo podría demostrar que no estuve allí? El día anterior estuve toda la mañana en la oficina pero la tarde la pasé en casa yo solo. ¿A qué hora habría sido ese acto? ¿Me denunciaría algún vecino? ¿No sería mejor que llamase yo mismo a la policía? Pensé en huir pero huir, siendo inocente, es absurdo. Después, cuando me pillasen debería dar una razón para mi fuga además de probar que no estuve en el Supremo. Llamé a la Policía.

« ¡Buenos días! Yo soy el hombre de la foto, el que están buscando pero... ¡No estuve allí!», «Déjese de bromas, éste es un asunto serio y sabe que podemos localizarle por su número de teléfono. Su conducta puede acarrearle penas... », «No se preocupe. Me identifico yo mismo», le di mi nombre, dirección y el número del D.N.I., «yo soy el hombre de la foto, el del Supremo

pero le juro que no estuve allí. Me gustaría aclarar el malentendido.», «Le digo que se deje de bromas.» Colgó.

«Espero que hayan grabado la llamada», pensé, «De algo servirá mi confesión: he de ir a comisaría cuanto antes.» Mi móvil sonó: « ¿Por qué lo has hecho? Has puesto en peligro la operación.», «Escúchame un momento, Mella. Sé que te parecerá increíble pero: ¡no he estado allí!», « ¡No me toques los cojones, anda!», «Ya sé que el de las fotos soy yo... ¡mejor quedamos y te lo explico! ¿A qué hora te viene bien?», «No vamos a quedar y más te vale que te deshagas del móvil y de todo lo que tengas en casa. La policía no puede tardar mucho en encontrarte.», «Mella...», «Adiós, Ro.» Sabía que aquellas palabras eran una condena a muerte. Era un traidor. Había frustrado o, al menos, retrasado los planes. Tenía que presentarme en comisaría cuanto antes pero ¿me dejarían llegar? Mella tenía razón y antes de nada debía destruir las pruebas, realmente no quería perjudicarles: la Causa era la Causa. Fui a mi habitación y empecé a borrar el disco duro del ordenador. Mientras la computadora terminaba saqué todos los documentos del doble fondo del armario y unos cuantos cedés que escondía en el bolsillo de un abrigo viejo y los llevé al patio. Metí algunos papeles en la caldera de la calefacción y les prendí fuego. Poco a poco fui alimentando las llamas con los documentos. Cuando aún no me había deshecho de la mitad de las pruebas sonó el timbre. Apresuradamente arrojé el resto de los papeles y los discos al fuego. Entré en casa corriendo. «Ya voy», chillé cuando llegaba a la puerta.

Los dos agentes se me quedaron mirando sorprendidos. En la necesaria comprobación de mi llamada habían encontrado al hombre más buscado y no podían albergar la más mínima duda: yo vestía el mismo pijama y estaba sin afeitarse, como en las fotos. No esperaban encontrarse conmigo: « ¿Señor Osorio?», «Sí.», «Tendrá que acompañarnos a comisaría», «Lo haré con gusto pero... ¿me dejan vestirme antes?», «Póngase algo de abrigo sobre el pijama» La computadora confirmó con un acorde que había terminado de borrar su memoria. « ¿Qué estaba haciendo en el ordenador? ¿Hay alguien más en la casa?» Cerré los ojos esperando, una vez más, que todo fuese una pesadilla. «No, estoy yo solo», contesté. «Voy a pasar a verlo», « ¿No necesita autorización?», «Este es un caso de terrorismo, Osorio» Me esposaron y me llevaron a mi cuarto. « ¡Ha formateado el disco duro!», dijo el policía que hasta ese momento había permanecido en silencio. El otro sacó el teléfono del bolsillo: «Señor, sí era él. Le tenemos. Le hemos sorprendido destruyendo pruebas. Mande unidades para el registro.» «Eusebio, la calefacción está encendida» El otro policía estaba registrando la habitación y notó el calor al mirar tras el radiador. « ¿Dónde está la caldera?» Me callé sabiendo que todo estaba perdido pero que un sólo segundo podía ser crucial para la destrucción de los papeles. «¡Te estoy preguntando por la caldera!», repitió dándome un porrazo en las rodillas que me dejó tirado en el suelo, «Hijoputa, ¿dónde está?» El otro agente, que había salido a buscarla, gritó: « ¡Aquí, en el patio! Ha quemado dentro un montón de papeles.» Antes de salir de la habitación, Eusebio me dio una patada en el estómago que me dejó inconsciente. Los soñé intentando rescatar con el

gancho de remover la escoria algún folio del vientre de la vieja caldera de carbón.

Cuando me desperté tenía las piernas y la espalda doloridas y la boca seca. «La patada.», pensé, «Entonces, ¿no fue un sueño?» Estiré el brazo hacia el interruptor de la luz pero, instintivamente, detuve el gesto. Por culpa de mi trabajo he aprendido a ser cuidadoso. A menudo dudo dónde me despierto y sé que una palabra o un movimiento a destiempo me pueden costar la vida. Intenté respirar imitando el sueño, relajarme y recobrar el hilo de los últimos días. Me había meado encima y eso no dejaba lugar a dudas: «La patada. No fue una pesadilla. Me detuvieron realmente.» La luz se encendió para confirmar mis conclusiones. Estaba en una habitación pequeña y vacía. Una celda. Todo era verdad. Mi imagen había atravesado el tiempo y el espacio a través de la tele y era sospechoso de terrorismo lo que ponía en peligro el plan de la Organización. La puerta se abrió pero no apareció un policía sino Mella: «Grandísimo hijo de puta», me dijo, «sabía que estabas loco y por eso te elegí pero confiaba en ti. ¿Qué has querido demostrar? Somos una Organización. Te dije que no te encargaba a ti lo del Supremo porque te reservaba para otra acción. Era verdad pero no me creíste, querías demostrar que eres el mejor, ser conocido por la acción más arriesgada. Yo no te quería sacrificar en esta operación que, al fin y al cabo, sólo era un golpe de efecto pero tuviste que entrar y joderlo todo.», «Mella, yo no estuve en el Supremo.», « ¿Me tomas por imbécil? Nos has traicionado. Ya sabes tu destino pero antes me dirás cómo saliste de allí.» Le conté todo y no me creyó. Le juré mil veces que no había

estado allí. Le expliqué los hechos tal y como se los acabo de contar a usted. Me torturaron durante días o semanas, no lo sé. Hasta hoy por la mañana cuando ustedes descubrieron nuestro escondite. Precisamente hoy tras contarle a Mella uno de los planes de huida que había barajado como posible porque deseaba que todo terminase de una vez, deseaba que me mataran. Después de escuchar la historia, Mella, que se la tragó, me preguntó si quería que me vendase los ojos. Yo le escupí en la cara. Justo en ese momento entraron sus hombres y nos trajeron aquí. Pero le repito, Señoría, que yo no estuve en el Supremo aquella mañana. Todo es un error. Se lo juro.

Le juro que no estuve allí es un relato de Sergio B. Landrove que se distribuye bajo una licencia

Creative commons Reconocimiento-No comercial 2.5 España.

Usted es libre de:

- copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra
- hacer obras derivadas

Bajo las condiciones siguientes:

- **Reconocimiento.** Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciador (pero no de una manera que sugiera que tiene su apoyo o apoyan el uso que hace de su obra).
- **No comercial.** No puede utilizar esta obra para fines comerciales.
- Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar bien claro los términos de la licencia de esta obra.
- alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor
- Nada en esta licencia menoscaba o restringe los derechos morales del autor.

Los derechos derivados de usos legítimos u otras limitaciones reconocidas por ley no se ven afectados por lo anterior

Más información en: <http://creativecommons.org/licenses/by-nc/2.5/es/legalcode.es>